

Muerte de Asuero, á quien sucede su hijo Darío, y conclusion de los sucesos de Persia.

Continuaba Ciro la guerra con Creso con tan felices sucesos que al fin le dió una gran batalla en la que destruyó su ejército, le tomó prisionero y se hizo dueño de la Lidia y de casi toda el Asia por aquella parte. En el tiempo de estas guerras y conquistas de Ciro, murió Asuero, esposo de Ester, y le sucedió en el imperio de Persia su hijo Darío en edad suficiente para ocupar el trono y manejar el cetro. Por la muerte de Asuero y elevacion de Darío en nada varió, ni la union y alianza de Medos y Persas, ni la paz y tranquilidad de los cautivos de este último imperio, antes bien las victorias de Ciro y la coronacion de Darío fueron pasos muy avanzados que disponia el Señor para llegar al fin de la cautividad de su pueblo.

Continuacion de los sucesos de Babilonia.

La capital del imperio de los Asirios trasladada de Nínive á Babilonia, cuando Nínive fué arruinada por los Medos, ó mas bien por la Justicia divina en castigo de sus delitos, iba á dejar de serlo. En Babilonia no reinarian ya mas Nabucodonosores que el voluptuoso Baltasar, que iba á soltar de sus manos el cetro para que á la vez le tomasen Daríos y Ciros, Medos y Persas... Pero dejemos la Persia y los cautivos residentes en ella gozando de paz y reposo bajo el amparo y cuidado de Mardoqueo y Ester, tanto en el tiempo de Asuero, como en el de su hijo Darío, y volvamos con este á Babilonia, donde veremos á Daniel trabajar otra vez con el mismo celo que siempre por el bien de sus hermanos cautivos y prepararles la vuelta á su querida patria.

Darío toma á Babilonia y deja en ella á Baltasar bajo de tributo.

Ciro y Darío, príncipes de la Media y la Persia, eran el pecho y los brazos de plata que habian de derribar la cabeza de oro que representaba el imperio de los Asirios en la colosal y misteriosa estatua. Se convinieron estos dos monarcas en hacer la guerra á los Babilonios, aliados de Creso, á quien habia derrotado Ciro sostenido por Darío. Este, reunidas las fuerzas de ambos imperios, se encargó de la empresa, y aunque contaba con grandes dificultades y con pérdida de muchos guerreros, tomó á Babilonia antes de un año y no á mucha costa; pero fué por una estratagema. Estaba fundada Babilonia sobre las márgenes del Eufrates, rio caudaloso que pasaba por medio. Darío dividió las aguas, las dirigió por derecha é izquierda de la ciudad, y entró en Babilonia por la madre del rio con todo su ejército. Se apoderó de la reina Nitocris, que aun gobernaba, de Baltasar su hijo, y de toda la corte, y desde aquel momento fué arbitro del cetro de los Nabucodonosores; pero se contentó con hacer tributario el imperio de los Babilonios, separar del gobierno á Nitocris, y poner el cetro en manos de su hijo Baltasar bajo de condiciones que no sabemos dejase de cumplir, y la obligacion de entregar una suma de dinero todos los años en reconocimiento de su vasallaje. Con esto Darío retiró de Babilonia y su imperio todos sus ejércitos.

Estado de Daniel y los cautivos en la Caldea.

Baltasar, siempre afeminado, no adquirió mayor energia con el cetro en la mano. Su reinado no fué largo, ni suministró á la historia sagrada mas suceso que aquel con que le concluyó. Los cautivos de la Caldea continuaron

viviendo tranquilos á pesar de estas grandes convulsiones de un imperio agonizante. Daniel gozaba de las dulzuras del retiro desde que Nitoeris regia el imperio, y si alguna vez era consultado en los negocios del reino, ninguna era ocupado de ellos. El Señor se le comunicaba en su retiro acaso mas que nunca, y en este tiempo de su soledad, le inspiró quizás la mayor parte de las profecías, contenidas en su gran libro; pero llegaba el tiempo en que el Señor le pusiese de nuevo en la presencia de los reyes para concluir las disposiciones de la vuelta de los cautivos á la tierra que habia prometido á sus padres, y que ellos habian poseído por siglos.

Cena del rey Baltasar y su muerte.

Baltasar, príncipe voluptuoso, cansado de los placeres comunes, como sucede á las personas sensuales y de facultades, quiso saciarlos y gozar de otros mas vivos y ruidosos. Mandó preparar un banquete exquisito y magnífico, y convidó á mil señores de los principales del reino. Se entregó con empeño al placer de una mesa preparada al intento, y cuando ya se hallaba ocupado del vino, mandó que trajeran á ella los vasos de oro y de plata que su padre (abuelo) Nabucodonosor habia trasportado del templo que hubo en Jerusalem, para que bebiesen en ellos el rey y los grandes, y sus mujeres y sus concubinas. Trajeron los vasos sagrados y bebieron en ellos el rey y los grandes, sus mujeres y sus concubinas. Bebian vino á porfía en los vasos sagrados los hombres profanos y las mujeres impuras, y cada cual alababa á su dios de oro, de plata, de cobre, de hierro, de palo y de piedra... á todos los dioses falsos, excepto al Dios verdadero. Baltasar con esto llenó la medida y echó el sello á la conclusion de su imperio.

Cuando Baltasar y todos los convidados bebían y gritaban de contento, y volviendo á beber, echaban brin-

dís y vivas á sus dioses con un género de tumulto, aparecieron de repente unos dedos, como de mano de hombre, que escribian al otro lado del candelero de la mesa del rey en la superficie de la pared de la sala real; y el rey estaba mirando, fija la vista en la pared, los movimientos de los dedos que escribian. Entonces se mudó su semblante, se turbaban sus pensamientos, se desunian sus coyunturas, y sus rodillas se batian fuertemente la una contra la otra. El rey se acongojaba de espanto y gritaba, pidiendo que hiciesen entrar magos, caldeos y agoreros. Cualquiera, dijo á los sábios de Babilonia, que leyere esa escritura y me declarare lo que significa, será vestido de púrpura, llevará collar de oro en su cuello y será el tercero en mi reino (el siguiente á mí y á mi madre): y luego entraron todos los sábios del reino que habia en Babilonia, esto es, todos los agoreros, caldeos y magos, y no pudieron ni leer la escritura, ni declarar al rey su significado.

Con esto quedó el rey muy abatido, y los convidados muy aterrados; mas la reina madre al saber lo que habia sucedido al rey y á los convidados, entró en la sala del banquete, y dijo: Viva el rey para siempre. No te turben tus pensamientos, ni se mude tu semblante. Hay un hombre en tu reino que tiene el espíritu de los santos dioses, y en los dias de tu padre se hallaron en él ciencia, sabiduría, prudencia, inteligencia, espíritu superior, interpretacion de sucesos, declaracion de secretos y solucion de dificultades; por lo que tu padre, el rey Nabucodonosor, le hizo príncipe de los magos, de los encantadores, de los caldeos y de los agoreros. Tu padre sí, ¡o rey! Este hombre es Daniel, á quien Nabucodonosor puso el nombre de Baltasar. Ahora, pues, que llamen á Daniel, y te dirá lo que significa.

Luego fué traído Daniel é introducido á la presencia del rey, quien le dijo: ¿Eres tú Daniel de los hijos de la cautividad, á quien trajo mi padre de la Judea? He oído de ti, que tienes el espíritu de los dioses, y que se ha en-

contrado en ti mayor ciencia, inteligencia y sabiduría (que en otro alguno), y que puedes interpretar las cosas oscuras y desatar las cosas intrincadas. Yo he llamado á los sábios magos para que leyesen esa escritura y me dijese lo que significa, y no han podido decir el sentido de esas palabras, ni leerlas; por lo cual, si tú puedes leer la escritura y declararme lo que significa, serás vestido de púrpura, llevarás collar de oro en tu cuello, y serás príncipe y tercera persona en mi reino. Tus dádivas, dijo Daniel, sean para ti, ¡ó rey! y los dones de tu casa dálos á otro. Yo leeré la escritura, y te mostraré su significado. El Dios altísimo dió á tu padre Nabucodonosor el reino y la grandeza, la gloria y el honor, y por la magnificencia que le dió, todos los pueblos, tribus y lenguas le respetaban y tenían. Á los que queria, mataba, y á los que queria, heria. Á los que queria, ensalzaba, y á los que queria, abatía. Mas cuando su corazón se levantó y su ánimo se afirmó en la soberbia, fué derribado del trono de su reino, privado de su gloria, arrojado de entre los hijos de los hombres, hecho su corazón como el de las bestias, y moró con los onagros (asnos silvestres); comió heno como buey y fué mojado su cuerpo con rocío del cielo, hasta que reconoció que el Altísimo tenía poder en el reino de los hombres, y que ponía sobre el trono á aquel que queria; y tú, Baltasar, siendo su hijo, y sabiendo todo esto, no has humillado tu corazón, sino que te has levantado contra el Dominador de los cielos, y has mandado traer los vasos de su casa á tu mesa, y tú, y los grandes de tu corte, y tus mujeres, y tus concubinas habeis bebido vino en ellos, y has honrado á los dioses de oro, y de plata, y de cobre, y de hierro, y de piedra que no ven, ni oyen, ni sienten, y no has glorificado el Dios que tiene en su mano tu aliento y todos tus caminos...

Por tanto él envió los dedos de una mano que escribió eso que está ahí grabado, y esta es la escritura que está ahí dispuesta: *Mane, Tecel, Fares*. Y esta es la in-

terpretacion de esas palabras. *Mane*: Dios ha contado tu reino y le ha terminado. *Tecel*: has sido pesado en balanza, y encontrado que tienes de menos. *Fares*: dividido ha sido tu reino y dado á Medos y Persas. Entonces por mandado del rey fué Daniel vestido de púrpura, y rodeado su cuello de un collar de oro, y se publicó que tendría poder el tercero en su reino. En aquella misma noche fué muerto Baltasar, rey caldeo. Noche famosa por un banquete magníficamente voluptuoso; por una profanacion sacrilega de los vasos de la casa del Señor; por la aparicion de una mano desconocida que escribe, aterra y sentencia; por la elevacion de Daniel á tercera persona del reino; por el parricidio del rey Baltasar; por la extincion de la descendencia del gran Nabucodonosor; por la terminacion de la poderosa y antigua monarquía de los Asirios, y por el cumplimiento de la profecía de Jeremías, que habia dicho: que, despues de cautivo Israel, esta monarquía solo duraria tres generaciones, que fueron: Nabucodonosor, su hijo Evilmerodac, y su nieto Baltasar, que muere sin descendencia.

El texto sagrado dice: que en aquella noche misma fué muerto Baltasar, rey caldeo; pero no dice por quién. Los que llevan que Babilonia fué tomada por Ciro tres años antes de la muerte de Baltasar, y que este quedó tributario, como hemos dicho, asientan que fué muerto por una tropa de conjurados que le asaltaron y quitaron la vida en aquella noche; y los que dicen, que Babilonia fué tomada por los Medos y Persas en la noche de la cena de Baltasar, llevan que fué muerto por los que la tomaron. Acaso unos y otros yerran, y Baltasar fué muerto por la Justicia divina en cumplimiento de aquel *Mane*: Dios ha terminado tu reino; pero sea de esto lo que fuere, en cumplimiento del *Fares*, el reino de Baltasar fué dado á Medos y Persas, no á un tiempo y dividido en dos porciones, sino entero y sucesivamente.

Dario sucede al rey Baltasar.

Dario el Medo, continua el texto sagrado, sucedió (á Baltasar) en el reino (de Babilonia) siendo de sesenta y dos años. Dario era hijo del grande Asuero, rey de los Persas y nieto del valiente Ciaxares, rey de los Medos, de modo que por descendencia era Medo, y por nacimiento Persa. Su natural era suave y pacífico, y gobernaba su imperio de Persia con mucha prudencia. Luego que añadió el de la Caldea, dividió este en ciento y veinte provincias á la manera que habia recibido aquel, dividido por su padre Asuero en ciento y veinte y siete. De este modo uniformaba en lo posible el gobierno de los dos imperios. Puso un sátrape ó gobernador en cada provincia, y estableció sobre estos ciento y veinte gobernadores, tres príncipes, siendo uno Daniel. Cuando Dario tomó posesion del nuevo imperio, encontró á Daniel en la altura á que Baltasar le habia elevado algunas horas, ó acaso solo momentos, antes de morir. Se informó del motivo con que habia merecido de su antecesor este premio tan brillante, y conoció lo que valia este hombre extraordinario. Tambien conoció que los Judíos, adoradores del Dios del cielo, en todas partes eran protegidos por el Dios á quien adoraban; porque nacido y criado en Susa, al lado de su padre Asuero, habia sido testigo de todas la maravillas que habia obrado el Señor en favor de Mardoqueo, de Ester y de todos los cautivos de Persia. Habia tratado con la reina, esposa de su padre, y con el famoso Mardoqueo, su primer ministro, y estaria regularmente en relacion con estos dos héroes del pueblo de Dios, á lo menos con Mardoqueo, en el caso de haber muerto ya lá reina. Todo esto hizo que Dario nombrase á Daniel uno de los tres príncipes que habian de presidir á los ciento y veinte gobernadores de las provincias.

Elevacion de Daniel en el reinado de Dario.

Daniel desde luego se aventajó, no solo á todos los gobernadores, sino tambien á todos los príncipes. Era un anciano de mas de ochenta años; se habia empleado en los negocios del imperio casi todo el tiempo desde que Nabucodonosor el Grande cautivó á Israel, y estaba lleno de experiencia. La penetracion de su entendimiento era grande, sus conocimientos vastos, su tino en el manejo de los negocios extraordinarios... era superior á todos, porque en Daniel, dice el sagrado texto, era mas abundante el espíritu de Dios. En poco tiempo se elevó tanto sobre sus compañeros y tan superior pareció á ellos mismos, que en todas las ocasiones que se ofrecia tratar los negocios delante del rey, vinieron á ser como los príncipes del tiempo de Job; que, cuando este hablaba, callaban todos, y ponian el dedo sobre su boca.

Le persigue la envidia.

El rey lo observaba, y pensaba establecerle sobre todo el reino; esto es, constituirle segunda persona despues del rey y darle la primera autoridad, como habia hecho Faraon con José en Egipto; mas los príncipes y los sátrapas no pudieron oír esto sin envidia, y luego se conjuraron contra Daniel y buscaban ocasion de malquistarle con el rey; pero nada encontraban, porque Daniel era fiel y no se hallaba en él ni culpa, ni sospecha. Entonces dijeron: En vano nos cansamos; no hallaremos en este Daniel ocasion alguna, á no ser en su religion: mas tampoco aquí la encontraban, porque Dario permitia á los Judíos practicarla libremente en la Caldea como en la Persia, y Daniel no hacia otra cosa que cumplir los deberes que le imponia; pero la envidia es un gusano que muerde sin cesar el corazon del envidioso y no le

deja sosiego hasta destruir el objeto que la causa. Ya en los campos de Dura se habia puesto á prueba la religion de los tres compañeros de Daniel delante de la estatua de Nabucodonosor, y á los envidiosos de entonces, si no les tocaron las llamas del horno, les tocó la confusion y la rabia de ver mas ensalzados á estos tres héroes del pueblo de Dios; mas no importa. No se halla otro medio de aplacar la envidia, y es necesario repetirlo. Aquello fué un portentoso inaudito, decian, y no es regular que haya para Daniel otro semejante. A Nabucodonosor se sugirió la creacion de una estatua, á la que se diese el culto del Dios de Israel, y ahora solo se trata de sugerir á Darío la cesacion de este culto.

Edicto prohibiendo orar á otro que al rey en treinta dias.

En efecto, los príncipes y los sátrapas sorprendieron al rey, hablándole de este modo: ¡Ó rey Darío! vive eternamente. Todos los príncipes de tu reino, los magistrados, los gobernadores, los senadores y los jueces son de parecer que salga un decreto imperial mandando: que en el espacio de treinta dias, cualquiera que haga oracion ó dirija ruegos á otro, sea dios ó sea hombre, no siendo á ti, sea arrojado en el lago de los leones. Ahora, pues, ¡ó rey! accede á su parecer y firma el decreto para que no sea mudado lo una vez establecido por los Medos y Persas, ni sea lícito á ninguno traspasarlo. Ninguna cosa mas extravagante é injusta que semejante decreto; sin embargo Darío, mas pagano que fiel, y mas político que religioso, firmó el decreto, condescendiendo con los nuevos cortesanos de Babilonia, y con esto dió á los enemigos de Daniel el arma para perder á este grande hombre, que era el que mas amaba Darío y del que mas necesitaba.

Daniel sigue su costumbre de orar al Señor tres veces al dia.

Luego supo Daniel el contenido del edicto, y en una conciencia menos religiosa que la de este verdadero Israelita, acaso ninguna impresion habria hecho. No se le mandaba que hiciese oracion al rey, sino que, ó no la hiciese, ó de hacerla, fuese precisamete al rey, y esta órden solo comprendia treinta dias. Nada, al parecer, mas fácil que cumplir con su conciencia orando en el retiro de su aposento y en el secreto de su corazon, y cumplir con su obediencia al monarca, absteniéndose de orar de un modo público con desprecio del edicto. Por otra parte no parecia justo exponerse temerariamente á la muerte, privar á su pueblo de su gran proteccion y menos exponerle al resentimiento del monarca, al odio del pueblo, á la persecucion y tal vez á la muerte; pero dotas estas consideraciones no hicieron impresion en el ánimo de Daniel. Á ellas opuso constantemente la ley. Creyó que no tributar á Dios el culto de costumbre en los dias prohibidos por el edicto, era desaprobado el culto del Señor, era negarle. Previo: que su conducta no seria aprobada por todo su pueblo: que se hallarian en él hombres condescendientes y hábiles en hallar temperamentos á la ley; y que le harian responsable de todos los males que viniesen sobre la nacion por este motivo; pero nada hizo balancear su firmeza. No se atendió á sí mismo, ni utilizó trampeando con discursos apasionados los términos de la ley.

Habia dicho Salomon cuando dedicó el templo de Jerusalem, hablando con Dios: Si los hijos de Israel se volviesen á vos de todo su corazon y de toda su alma en la tierra de sus enemigos á la que fueren llevados cautivos, y orasen vueltos hácia el camino de la tierra que disteis á sus padres, y hácia la ciudad (de Jerusalem) que escogisteis, y hácia este templo que he edificado á vues-

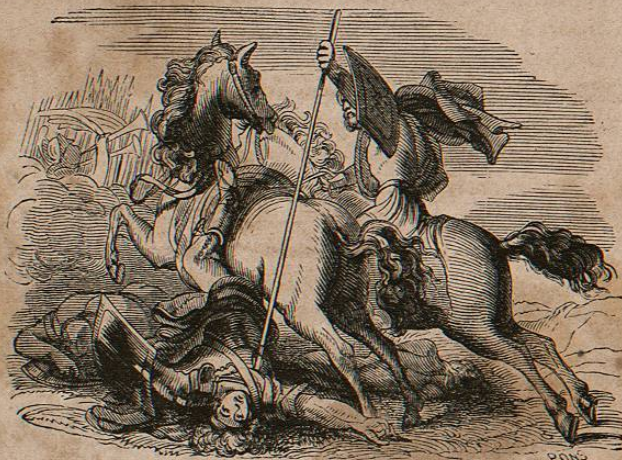
tro Nombre, vos oiréis en el cielo sus oraciones y sus ruegos, y haréis su causa. Esto tenia en su alma Daniel y creía deber cumplirlo orando tres veces al día, mirando hácia la tierra de sus padres y hácia el sitio de las ruinas de Jerusalem y del templo. Cuando supo el edicto, entró en su habitacion, como antes, en las tres horas acostumbradas, y abiertas las ventanas de su cenáculo ó aposento, doblaba sus rodillas y adoraba y rogaba á su Dios vuelto hácia Jerusalem.

Le espian sus enemigos, le hallan orando y le acusan al rey.

Sus enemigos le espian y no tardaron en hallar la ocasion que deseaban. Tomaron la hora, se entraron de tropel en su cuarto y le encontraron arrodillado, vuelto hácia Jerusalem y haciendo oracion á su Dios. Luego se fueron al rey, y hablándole acerca del edicto le dijeron : ¡ Ó rey ! ¿ No has decretado que cualquier hombre que rogase á algun dios ó á algun hombre en el espacio de treinta dias, no siendo á ti, fuese arrojado en el lago de los leones ? Verdad es, respondió el rey, segun el decreto de los Medos y Persas, el cual no es lícito traspasar. Pues bien, dijeron entonces, ahí está Daniel, de los hijos de la cautividad de Judá. No se ha cuidado de tu ley, ni del edicto que diste, sino que tres veces al dia hace su oracion y suplica á su Dios.

El rey trabaja en defenderle, y al fin tiene que permitir que le arrojen en el lago de los leones.

Al oir esto el rey se affligió en gran manera, y puso en su corazon librar á Daniel. Amaba muy de veras á este grande hombre, veneraba su virtud, honraba su ancianidad, reconocia sus servicios, y consideraba la necesi-



dad que tenia de su persona. Trabajó todo el día hasta puesto el sol en sacarle de las manos de sus enemigos ; pero todo fué en vano : volvieron estos al texto, y en tono atrevido y amenazador, dijeron al rey : Sabe que es ley de los Medos y Persas que todo edicto que pusiere el rey no pueda alterarse. El rey, compelido de un decreto tan injustamente otorgado, como villanamente propuesto, dió orden con el mayor sentimiento para que trajesen á Daniel, y mas conmovido todavía con la presencia del venerable anciano, solo pudo decirle estas cortadas palabras : Tu Dios, á quien tú siempre adoras, ese te librá. Entonces arrojaron á Daniel en el lago ó cueva de los leones.

El ángel del Señor cierra la boca de los leones y no le hacen daño.

El rey por una parte tenia grande confianza de que las fieras no tocarian al siervo de Dios, y por otra grande temor de que sus enemigos, mas fieros que las fieras, le quitarian la vida que aquellas perdonasen. Con este temor mandó que se cerrase la boca del lago con una gran piedra, y se candase y sellase con su anillo y el de sus grandes, para que nada, dice el texto sagrado, se hiciese contra Daniel. Se retiró el rey afligido á su palacio ; se acostó sin cenar ; no fué puesta comida en su presencia, y además, el sueño se huyó de él. Al rayar el día se levantó y encaminó apresurado al lago de los leones, y acercándose á él llorando, exclamó con voz lastimera : Daniel, siervo del Dios viviente, ¿por ventura tu Dios, á quien tú sirves siempre, ha podido librate de los leones ? ¡ Ó rey ! respondió Daniel desde lo hondo del lago, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel ; este cerró las bocas de los leones y no me han hecho daño alguno, porque en su presencia ha sido hallada en mí justicia, y contra tí, ¡ ó rey ! yo no hice de-

lito. Al oír el rey la voz de Daniel quedó trasportado de gozo, viendo que vivía; y mandó que al momento le sacasen del lago. Al instante fué sacado del lago Daniel, y no se halló en él ni la menor lesión, porque creyó y confió en su Dios. El rey adoró al Dios de Daniel, y luego fueron traídos, mandándolo el rey, aquellos hombres que habían acusado á Daniel, y arrojados en el lago de los leones, ellos y sus hijos y sus mujeres (familias crueles é impías) y aun no habían llegado al suelo del lago, cuando los arrebataron los leones, los despedazaron y desmenuzaron todos sus huesos, dice el texto sagrado.

Decreto de Darío.

Entonces Darío escribió á todos los pueblos, tribus y lenguas que moraban en toda la tierra: La paz se multiplique en vosotros. Yo he decretado y mando: que en todo mi imperio y mi reino, todos teman y reverencien al Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y eterno en todos los siglos, y su reino no será destruido, y su poder durará hasta en la eternidad: es el Dios que libra y que salva, que hace prodigios y obra maravillas en el cielo y en la tierra: es el Dios que ha librado á Daniel del lago de los leones.

Ya vimos con alguna extrañeza que Daniel no se halló en el campo de Dura, ni acompañó á sus tres compañeros entre las llamas del horno. No pudimos dar razón de esta ausencia de Daniel en una ocasión en la que, al parecer, debía estar al frente de aquellos héroes de la religión de sus padres; pero ahora acaso ya no lo extrañaremos al ver que el Señor dilató, pero no privó á Daniel de la prueba del justo, y quiso que, como Misac, Sidrac y Abdenago glorificaron su santísimo Nombre entre las llamas, Daniel le glorificase entre los leones, para que así como allí Nabucodonosor al ver los portentos de la diestra del Señor, bendijo al Dios de Sidrac, Misac y

Abdenago y decretó pena de muerte á cualquiera de sus pueblos, tribus y lenguas que dijese blasfemia contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, así aquí Darío confesase, adorase y bendijese al Dios de Daniel, y mandase á todos sus pueblos, tribus y lenguas que temiesen y reverenciasen al Dios de Daniel. Misac, Sidrac y Abdenago fueron mas enalzados que antes por Nabucodonosor, y Daniel lo fué por Darío, y conservó esta grande altura de estimacion y de aprecio, no solo en su reinado, sino hasta el reinado de Ciro.

Ninguna cosa mas ventajosa para los cautivos que este triunfo y poder de Daniel, y este decreto y mandato de Darío. Este monarca tan afecto al culto del Dios de Daniel era el dueño de los dos imperios de Persia y Caldea, donde se encontraban las dos porciones del cautivo Israel, y Daniel, mas bien que un ministro, era un amigo y un compañero de Darío. Todo lo debían esperar los cautivos de situación tan feliz, mas no había para los verdaderos Israelitas gozo cumplido, mientras que se encontraban en una tierra extraña; y por mas sólidos que pareciesen sus establecimientos, ellos no los miraban sino como alojamientos de su cautiverio. Esperaban con ansia la libertad de volver á su querida patria, y creían que no estaba distante este tiempo dichoso: sobre todos Daniel, á quien nada ocupaba ya tanto como este pensamiento, ninguna diligencia omitía ni perdonaba por descubrir el término preciso que el Señor había señalado al castigo de sus rebeldías y á la conclusion de su cautiverio. Buscaba con desvelo en los Libros sagrados este suspirado término, y le parecía verle ya llegar.

Profecías de Isaías y Jeremías acerca de la duracion del cautiverio.

Leía en Jeremías: que esta cautividad seria la mas larga, despues de la de Egipto; pero que no pasaria de

setenta años : que llegaría su libertad cuando se acabase la descendencia de Nabucodonosor : que esta descendencia se compondría de Nabucodonosor, su hijo y el hijo de su hijo; y que entonces sería trasladado el trono de Babilonia á un monarca extranjero. Daniel veía cumplida plenamente esta profecía de Jeremías en el rey Baltasar, nieto de Nabucodonosor y muerto sin descendencia, y en Darío, monarca extranjero, que ocupaba ya el trono de Babilonia. Solo faltaba que se cumpliese la de Isaías, acerca del monarca que había de dar fin á la cautividad y libertad á los cautivos para volver á Judea su patria. El Señor había dicho por este profeta : que sería un rey de reyes, un gran monarca; y que se llamaría *Ciro*; y Daniel sabía esto mejor que otro alguno. Veía ya un príncipe en el mundo con el nombre de *Ciro*, y le veía poderoso y ocupando el trono de los Medos, y no dudó que *Ciro*, monarca de los Medos, era el llamado por Dios para dar libertad á su pueblo, y que la cautividad tocaba en su fin.

Muere Darío, y le sucede su hijo Astiages.

Darío, tan amante de Daniel y favorable á los cautivos, solo reinó un año en Babilonia, donde murió el sesenta y ocho de la cautividad. Parecía que *Ciro*, destinado por Dios para concluirla en el año setenta, subiría ya al trono de la Caldea, pero no fué así, porque Darío había dejado un hijo en edad de reinar, y le ocupó en la muerte de su padre. Este nuevo monarca se llamaba *Astiages*, como el hermano de su abuelo *Asuero*. Criado *Astiages* al lado de su padre el piadoso Darío, y testigo de los portentos que el Señor había obrado en favor de la inocencia de Daniel, y en castigo de la envidia de sus enemigos, conservó al profeta y á la cautividad el mismo afecto y protección que su padre, de modo que los cautivos nada perdieron por la muerte de su protector el

piadoso Darío; mas no era *Astiages* el destinado por Dios para darles la libertad, por mas estimacion que les dispensase.

Muere Astiages, le sucede el gran *Ciro*.

Reinó poco tiempo. Al cabo de ocho, y á lo mas, nueve meses, murió tambien en Babilonia, y aunque dejó hijos, no se hallaban en edad de reinar, y este era el caso en que, segun los tratados, debía ocupar el trono el rey de los Medos en Persia y Caldea. Luego entró *Ciro* pacíficamente en la posesion de estos dos imperios, donde se hallaban las dos porciones que componian toda la cautividad. Fué recibido *Ciro* en Babilonia con las mejores disposiciones, ya por su derecho, fundado en los tratados hechos con Baltasar, y ya por la gran fama que le acompañaba; pero lo fué muy particularmente por Daniel y sus hermanos, que veían ya entre ellos al príncipe anunciado casi dos siglos antes, y designado por Dios para dar fin á su esclavitud y dejarles volver del destierro á su patria. Es verdad que *Ciro* no se hallaba todavía con aquellas disposiciones que eran necesarias al buen cumplimiento de la gran mision para la que el Señor le había escogido; pero aquel que le había elegido, iba á proporcionárselas. Era *Ciro* un príncipe idólatra, sujeto á toda clase de supersticiones, adorador de otros tantos dioses cuantos encontraba en los países que conquistaba y en los imperios que adquiría. Él debía toda su grandeza al Dios de Israel, y era acaso el único á quien no adoraba. Sin embargo estaba destinado para dar fin á la cautividad y debía conocer antes al Dios que adoraban los cautivos, y persuadirse que debía enviarlos á adorarle en Jerusalem. Uno de los primeros favores que recibió del Señor al entrar en Babilonia, para llegar á este conocimiento, fué encontrar en ella á Daniel.